

A PROPÓSITO DEL NOVENTA Y OCHO: TEXTOS DE MIGUEL DE UNAMUNO SOBRE PALENCIA.

Casilda Ordóñez Ferrer

Estamos en 1998, año del Centenario de aquel mítico 1898, que se presta a variadas y complejas celebraciones.

En primer término es el Centenario de aquella fatídica explosión ocurrida el 15 de febrero de 1898 en la bahía de la Habana, en el interior del crucero-acorazado estadounidense, que fue considerada por Estados Unidos como un acto de sabotaje español, idea que les sirvió para declarar la guerra a España. Por cierto, que modernas investigaciones de ingenieros y marinos norteamericanos hacen pensar que fue un accidente fortuito, una explosión por recalentamiento, producida en el pañol de las municiones, como recoge el periodista español, corresponsal en Estados Unidos, Agustín Remesal, en un reciente libro. Así que 1898 es el aldabonazo que señala la pérdida de los últimos girones del imperio español, aquel ya lejano imperio, en el que en un tiempo, no se ponía el sol.

Pero también el 98 recuerda el espíritu regeneracionista de la época de la Restauración y al grupo de escritores que con el nombre de "Generación del 98" fueron bautizados por Azorín, en su doble papel de protagonista y crítico, pese a la negativa de muchos de los implicados a incluirse bajo ese término de "generación". En ella nombraba Azorín a Valle Inclán, Benavente, Baroja, Unamuno, Manuel Bueno y Maeztu, además de a sí mismo. Otros críticos como Luis S. Granjel han preferido hablar de "grupo del 98", limitado a Unamuno, Baroja, Azorín y Maeztu y sólo válida hasta 1905. Y, en fin, hasta no hace mucho, la didáctica literaria, gustaba de considerar como núcleo noventayochista a Unamuno, Baroja, Machado y Azorín, y como "hijo pródigo del 98", como le llamó Pedro Salinas, a Ramón María del Valle Inclán.

Pero no voy a entrar en estas disquisiciones, ni siquiera voy a rebatir o a afirmar sus relaciones de inclusión o antítesis, en o contra, el Modernismo, (aunque durante este año y a través de diferentes estudios y publicaciones han quedado bastante aclarados estos conceptos).

El tema que hoy nos ocupa es más concreto, mucho más concreto y, para nosotros, mucho más cercano.

Dentro del amplio campo del 98, he escogido a un solo personaje: Miguel de Unamuno, y dentro de la vida y la obra de este versátil escritor, que lo mismo cultivó el artículo periodístico que el ensayo filosófico, la poesía que el teatro, la novela que el libro de viajes, he acotado un aspecto muy concreto: su relación con Palencia. He recogido, y quizás se me hayan escapado algunos, todos aquellos textos en los que habla de nuestra tierra, de Palencia o su provincia.

Recordemos que desde su primer contacto con Palencia en 1913, Don Miguel nos visitó con bastante frecuencia e incluso pasó parte de sus vacaciones veraniegas en nuestra ciudad, porque aquí residía su hijo mayor, Fernando, arquitecto que fue del Ayuntamiento de nuestra ciudad; aquí nacieron, vivieron y estudiaron sus nietos, con algunos de los cuales muchos hemos compartido estudios y recuerdos.

Y empezamos por unos poemas pertenecientes a su última colección de versos, "Cancionero", comenzado en Hendaya en 1928, en los que aparecen temas palentinos.

En "Cancionero" figuran, en primer término, los versos escritos en su destierro (nada menos que 1446), durante la Dictadura de Primo de Rivera, y los que siguió escribiendo a su vuelta del exilio y hasta su muerte, hasta un total de 1755. Hay un último soneto escrito tres días antes de morir.

Sobre los versos primeros, los del destierro, dice el propio autor:

"Estos versos, más o menos canciones, han sido mejor que escritos, cantados, canturreados con pluma metálica, -pluma de ala de acero-, en una celda de destierro-desentierro, donde todas las albas me remozaba el espíritu relejendo en el Nuevo Testamento, cerca de la mar, que es el Testamento Eterno".

Y un poco más adelante añade: "Y así he adobado estas canciones con la sal de la mar Fronteriza, con la sal milenaria del Golfo

de Vizcaya, de mi Vasconia-Gascuña, con la sal de Dios, fronterizo también”.

Y sigue: “Las más de estas canciones han sido escritas, tendido yo en la cama, antes de levantarme a lavarme y aviarme, después de haber leído la Buena Nueva del día, cuando me entraba la luz del sol mañanero que iba a salir sobre los montes de Irún, -la ventana de mi cuarto daba al sureste-, a esa hora del alba indecisa en que los ensueños emprenden su vuelo, dejando en los surcos del alma, su simiente”.

“Algunos lo han sido estando yo recostado sobre la arena de la playa de Ondarraitz y recordando aquella arena -más bien polvo- sobre la que escribió Jesús con el dedo desnudo y sin tinta, al perdonar a la mujer adúltera”.

“Otras las compuse sentado sobre la yerba verde, como aquella en que Jesús mandó sentarse a la turba para que le oyera. Yerba para descansar sobre ella “soñando la vida”.

Estas palabras de D. Miguel de Unamuno, son fragmentos de lo que escribió como prólogo a su Cancionero.

Si nos fijamos en la última frase de Don Miguel que acabarnos de leer: “yerba para descansar sobre ella soñando la vida”, el autor se muestra calderoniano porque para Calderón de la Barca, lo confiesa en diferentes momentos, pero sobre todo en “La vida es sueño”, vivir es soñar y morir es vivir. La visión metafísica calderoniana está en el polo opuesto a la de Shakespeare, cuando pone en boca de Hamlet, en su famoso monólogo aquellas palabras: “Morir, dormir... dormir, soñar acaso”.

Don Miguel de Unamuno, con su postura personal y contradictoria, amasada de duda y de creencia, nos dirá en más de una ocasión que nuestra vida es “un sueño de Dios”.

Y pasando ahora a lo que nos ocupa, es decir, a buscar los recuerdos de nuestra tierra en los versos de su “Cancionero”, encontramos en la primera parte de los poemas de Hendaya, uno titulado: “Durium-Duero-Douro”, es decir, los nombres del río en latín, castellano y portugués, en los que de alguna breve manera nos recuerda.

El poema va precedido de una estrofa del “Laberinto de Fortuna” de Juan de Mena que dice:

“Arlança, Pisuerga e aun Carrión
gozan de nombres de ríos, empero
después de juntados llamámoslos Duero,
fazemos de muchos, una relación.”

Y comienza así el romance de D. Miguel:

“Arlanzón, Carrión, Pisuerga,
Tormes, Agueda, mi Duero.
Lígrimos, lánguidos, íntimos,
abrevando pardos campos,
susurrando romanceros.”

Conviene parar la atención en esos tres esdrújulos, a los que demostraba Unamuno una cierta afición: lígrimos, lánguidos, íntimos.

El primero es un localismo charro, derivado de “legitimum”, con significación de “limpio”. Unamuno, como otros autores del 98, Azorín por ejemplo, utilizó en muchas ocasiones voces arcaicas, palabras entrañadas en el lenguaje rural, rescatándolas del olvido al colocarlas en su obra, en la que lucen como una joya antigua y preciada.

En Febrero del año 30, caído Primo de Rivera, vuelve Unamuno a España, han pasado seis largos años de exilio. La “pornocracia”, como él llamaba últimamente a la Dictadura, había terminado. Tuvo apoteósicos recibimientos en Irún, en San Sebastián, en Salamanca y luego en Madrid, y al fin, don Miguel se escapa a Palencia y aquí escribe su primer verso después del destierro. Es el 4 de Marzo de 1930.

Este poema, en esquema de romance, dice así:

“¿Qué me dices, recobrado
Carrión, de mi Bidasoa?
No puedo seguir, el hilo
se me corta de las glosas.
Bajo el silencio del cielo
y al arrimo de tus ondas
se aduermen, Carrión, seis años
de fatídicas memorias.

Un cárcavo, sobre un cuérnago
vierte lágrimas de aurora;
soñando en la mar el páramo
va tejiéndonos la historia.”

Nuestro poeta arrojaba sus dolorosos recuerdos vividos en Hendaya, en las aguas del río Carrión.

No quiero dejar de recordar, puesto que también tiene relación con Palencia, que poco antes de finalizar su destierro, un palentino ilustre, el escultor Victorio Macho va a Hendaya con intención de hacerle un busto que más tarde se colocaría en el Palacio de Anaya de Salamanca.

Macho hizo el boceto con tierra española, que el escultor tuvo que transportar en un carro, después de aplacar las suspicacias de los gendarme franceses en la frontera, diciéndoles: “para modelar la cabeza de Unamuno, sólo sirve la tierra de España”.

Con fecha de 21 de Julio de 1930 Unamuno escribía en cuartetas octosilábicas un poema que se titulaba: “Al pasar por Carrión de los Condes” y que dice así:

“Carrión de los Condes ¿sabes
de los Condes de Carrión?,
de tus iglesias las naves
¿saben la navegación
de la fe? Corre la vena
del Carrión y es siempre una
y la misma; corre ajena
al correr de la fortuna.
Y al estallar el repique
de tus naves, ¿qué respondes?
¿no oyes a Jorge Manrique,
Carrión, Carrión de los Condes?
Como la misma montaña
tu madre, la del condado,
tan quieto y tan asentado.
En San Zoilo junto al río
que es una vida, se vive

en encierro de albedrío:
bene vivere, Bembibre.
Y los Condes ¿qué se hicieron?
¿qué del Cid y su romance?
tus coplas, ¿dónde se fueron?
¿cuál, Jorge, tu último lance?
Esta es la vida que queda,
mientras la historia se pasa;
aquí al borde de la rueda
el Señor nos dejó casa.”

Un día después, (sin duda estos poemas fueron escritos en una de sus frecuentes visitas a Palencia), escribía las siguientes redondillas sobre Fuentes de Nava:

“Tu moza, Fuentes de Nava,
la de Campos, soñadora,
la paramera avizora
donde el cielo nunca acaba.
Entre azul y pardo, laña
se yergue, torre de arcilla,
nuestra enseña de Castilla,
la que hace de España, España.
Calla en sobrio castellano,
frente al silencio de Aquel
que la torre de Babel
aterró por propia mano.”

Es de notar que dice, refiriéndose a la torre de Fuentes, la conocida como moza de Campos, que es “enseña de Castilla, la que hace de España, España.”

Este es quizás el momento de recordar el giro ideológico de Miguel de Unamuno, por lo que a su nacionalismo vasco se refiere, que se manifestaba incluso en sus preferencias estéticas paisajísticas.

Como constata Luciano González Egido, autor de una biografía de nuestro personaje, publicada por la Junta de Castilla y León en 1997, Don Miguel, antes de vivir en Salamanca era anticastellano.

“Como buen vasco -dice González Egido- desconfiaba al principio de Castilla.”

Dos años antes de llegar a Salamanca, en 1889, decía Don Miguel refiriéndose a nuestro paisaje:

“Este cielo y este campo me abruman, y me parece que me arrancan de mí mismo... Yo nada encuentro como mis montes que me cobijan”.

Y añadía: “Mi país, mi país verde, húmedo, graso, pletórico de sangre, linfático.” Y en otro lugar continuaba: “Prefiero mis encañadas frescas, mis paisajes de nacimiento de cartón, el cielo sin nubes, los días grises... mis valles, que en una mirada me acarician, los caseríos blancos, los árboles hojosos.”

Años después de trasladarse a Castilla, en 1909, dirá comparando los dos paisajes: “Por mi parte, prefiero los paisajes serranos de Castilla y Extremadura. Son más serios, más graves, más fragosos, menos de cromo que los del Norte peninsular.”

Y refiriéndose a la llanura de la meseta dirá: “Prefiero este paisaje amplio, severo, grave, esta única nota, pero solemne y llena, como la de un órgano, a aquella sonata de flauta de tres o cuatro notas verdes, de un verde agrio.

Estos pueblos terrosos, que parecen excrecencias del terreno o esculpidos en él, me dicen más que aquellas casitas blancas, con sus tejados rojos, que se ve han sido puestas por el hombre en aquellos vallecitos verdes.”

Pero su evolución no sólo se limitaba al cambio de sus preferencias estético-paisajísticas.

En sus años juveniles, en sus primeros artículos, se trasluce un vasquismo entusiasmado. El mismo nos lo dice recordándolo: “Yo pasaba por un fervor fuerista, euskalerríako, pre-bizkaitarresco.”

Y a propósito de una ley de 1876, que había privado de sus fueros al Señorío de Vizcaya, el joven Unamuno, a través de sus artículos, exhortaba a sus paisanos -lo digo con sus propias palabras- “a formar todos un solo frente, bajo la enseña de Euskalerría.”

Aprende voluntariamente el euskera (él, aunque nacido en Bilbao, había tenido como lengua materna el castellano); hace su tesis doctoral sobre “El origen y prehistoria de la raza vasca”, en la que se

mezclan la etnografía y la lingüística, pero en la que, sobre todo, queda patente su vasquismo juvenil.

Hace estudios filológicos más o menos rigurosos sobre el vasco, traduce el célebre libro de Humboldt titulado "Vasconia", y su obsesión por su ciudad y por su país quedan patentes en un proyecto más ambicioso que los abordados hasta entonces, una novela comenzada en 1888 -no sería editada hasta 1896-, donde cuenta, desde su óptica personal como testigo, la segunda guerra carlista y el cerco de la ciudad por las tropas carlistas. La novela se llamó: "Paz en la guerra".

Pero una vez instalado en Salamanca en 1891, en unos pocos años, se le ha evaporado esa "repulsa visceral a Castilla" como la llama González Egido y ya en 1908, habla de sus recuerdos adolescentes y juveniles y llama "ingenuo romanticismo" a su afición por libros y leyendas vascas, que le llevaba a frecuentar la lectura de Navarro Villoslada, de Vicente Arana, de Araquistain, de Trueba etc. Y lo recuerda así:

"A la vez que apacentaba mi alma con todas aquellas leyendas del remoto pasado de mi pueblo, estudiaba con todo ahínco el vascuence, en libros ante todo, y buscaba, luego, toda ocasión de oírlo hablar y aún hablarlo..."

Llenaron mi cabeza los nombres de Aitor, el viejo patriarca que vino de la tierra en donde nace el sol..., Lecobide, señor de Vizcaya, el que dicen luchó contra las huestes de Octaviano, señor del mundo; Lelo y Zara; Juan Zurúa y el señor Blanco que arribó desde Irlanda a las costas de mi patria y tantos otros sujetos de leyenda.

En cuanto tuve ocasión me fui a Arrigorriaga, a ver en el pórtico de la iglesia, la sepultura de aquel príncipe leonés, Ordoño, -príncipe totalmente fantástico- a quien derrotaron allí mismo los vizcaínos. El lugar se llamaba antes Pedura, según decían, y fue tanta la sangre que corrió que le bautizaron con el nombre de Arrigorriaga, esto es, pedregal rojo".

Hasta aquí los recuerdos de Unamuno.

Por cierto, esta leyenda del príncipe Ordoño, vencido por los vizcaínos, me recuerda la leyenda castellana del héroe medieval Bernardo el Carpio, supuesto vencedor de Carlomagno y Roldán, creado literariamente para superar las derrotas y fomentar el orgullo del pueblo, que incluso ha señalado su tumba en Aguilar de Campóo.

Pero volvamos a Unamuno.. Según hemos podido comprobar en los textos citados, su entusiasmo vasquista se va transformando en una tenue bruma nostálgica.

Ya en su primer libro de ensayos serio de 1902, “En torno al casticismo”, se empieza a perfilar el tema de Castilla, considerada como eje de la constitución esencial de la nación española y la figura del Quijote irá apareciendo como encarnación y síntesis de lo mejor del espíritu español.

Esta obra contribuyó mucho a fijar las preocupaciones del 98, sin ella, como opina José María Valverde, tal vez no se hubieran escrito igual el “Idearium” de Ganivet, o “El alma castellana” de Azorín o “Hacia otra España” de Ramiro de Maeztu.

Acertadamente afirma González Egido que Don Miguel acabó cambiando las hayas por las encinas y las montañas por las llanuras, porque es cierto que las encinas aparecen por doquier en los textos de nuestro autor, tanto en sus prosas como en sus versos. Y es que la encina se ha transformado para don Miguel en “símbolo y emblema secular del alma castellana”.

En una ocasión nos dice de ella: “Robusta la llamó don Quijote, es decir, robliza, y es de hecho, hermana del roble, el árbol santo de Guernica.”

Con frecuencia las adjetiva como encinas “matriarcales” o “velazqueñas” o “quijotescas”. Y cuenta cómo los charros hacen dulzainas de su madera; del íntimo leño rojo de sus ramas gruesas, sacan un rollo que perforan con un asador al rojo vivo y le ponen luego los agujeros necesarios. “Y así -dice don Miguel- resultan melodiosas las rojas entrañas de la encina en que toca el dulzainero aires de la tierra castellana.”

En un poema dedicado al Cristo de Cabrera, Unamuno ansía esperar a la muerte, junto al tronco maternal de una encina:

“¡Ay, quien me diera
libre del tiempo,
en tu calma serena
descansar renunciando a todo vuelo,
y en el pecho del campo
bajo la encina grave,

en lo eterno, alma mía, asentarte
a la muerte esperando!”

Y es que como alguien dijo, Castilla entera se le metió por los ojos y le anidó en la memoria.

Y, seguramente, la elección de Castilla se debió a una afinidad personal, a una identificación con su propio espíritu, porque, sin duda, la sequedad castellana, el horizonte ilimitado, los cielos abiertos y lejanos, se transformaron para don Miguel en signos de sus personales preocupaciones, de su deseo de eternidad y trascendencia, de su austeridad y espiritualidad, de esa soledad ante el misterio que le sobrepasaba tantas veces y le intimidaba.

Después de todos estos cambios, no es extraño que cuando en el verano de 1901 va a Bilbao, como mantenedor de los Juegos Florales y empieza a criticar el nacionalismo vasco, da por hecho la desaparición del euskera y propone la unidad de España, se organizase un terrible escándalo y fuese frecuentemente interrumpido por abucheos y pataleos.

Muchos años más tarde, en 1931, siendo Diputado en la República, tuvo una serie de intervenciones conflictivas en las Cortes, por su oposición a las pretensiones vascas y catalanas para lograr estatutos regionales que -según él- pondrían en peligro a la “España integral”.

En el discurso de apertura del año académico -ese mismo año- en la Universidad de Salamanca, dirá, para conjurar sus temores de la ruptura de la unidad de España, que sólo nos entenderemos “en un corazón y en una lengua”. Y sin embargo, y como él mismo recoge en su discurso de despedida de la Universidad en 1934, este paradójico y polifacético escritor, casa su anterior postura con lo que ha sido su actividad docente y dice así:

“El desentrañamiento de este romance castellano me llevó a buscar en su raigambre, que se enlaza y junta y une, con las de los otros romances de nuestra Iberia. Y así me vi llevado a enquisar y re-enquisar las diversas hablas de nuestra Iberia y su recíproca influencia.

En mis clases universitarias se iniciaba el estudio del catalán, del gallego y del portugués y aún de otros. De mi cátedra han salido no pocos enamorados del habla y de la literatura catalana-lemosina y

galaico-portuguesa...” Aquí no cita al vascuence porque está refiriéndose a las lenguas románicas, las derivadas del latín, como el castellano, el catalán, el gallego, el portugués. El euskera es una lengua anterior al latín, es una preciada reliquia pre-románica.

La evolución de la ideología nacionalista en don Miguel de Unamuno, ha sido recientemente estudiada por Jon Juaristi en su libro “El bucle melancólico”.

Pero retomemos nuestro hilo conductor, porque hay que ver a qué larga digresión nos ha llevado el poema de Unamuno dedicado a Fuentes de Nava, sobre todo aquel verso que decía: “torre de arcilla, nuestra enseña de Castilla, la que hace de España, España.”

Así que retornemos a nuestro Cancionero. Del año 34, del mes de Agosto, en uno de esos veranos pasados en Palencia, en casa de su hijo Fernando, sin duda, conservamos tres breves poemillas.

El primero de ellos está formado por tres redondillas y debió de ser escrito según reza: “En la calle, en Palencia”. La calle es sin duda la metáfora de la vida que bulle y pasa. Dice así:

“Antes que pase la calle
y lo que pasa por ella
y que se borre la huella
y el son del paso se calle,
antes que se hunda el momento
en la vaciedad igual,
a salvar el fin fatal,
siquiera el presentimiento,
componiendo estas canciones
he vivido, y si tú vives,
lector, en que las recibes
medraremos corazones.”

La estructura nos recuerda el poema machadiano “A un olmo viejo”.

El segundo es otro breve poemilla, escrito en sextillas manriqueñas y es revelador de las eternas preocupaciones de don Miguel: en esta ocasión, el paso del tiempo, Dios y su yo, una vez más.

“Queda aquí, fugaz momento,
híncateme y haz de hito
de soñar;
no te arrastre el frío viento
que sopla del infinito
y al azar.
Ombliigo del universo
eres tú ahora y aquí
y su albor;
arrebújate en mi verso,
guárdanos a Dios y a mí
siempre en flor.”

En el tercero, también en redondillas, se recuerda a nuestro Cristo del Otero.

Lleva el poema un texto inicial de San Agustín, de las Confesiones, que dice: “de silvestri cacumine videre patriam pacis, et iter ad eam non invenire...” Conf. VII-XXI, 3. No lo traduzco, porque la segunda estrofa lo hace fielmente:

“Tolle, lege; tolle, lege!
Agustín, qué vida agónica
entre Adeodato y Mónica,
Cristo, nuestro Dios, nos teje.
Desde una cumbre salvaje,
ver la patria de la paz
y en el suelo, sobre haz,
no hallar senda para el viaje.
Santo Cristo del Otero
oteando la llanura,
leer que tu criatura
tiene el cielo por granero.”

Y en fin, en el año 35, -y con esto se acaban las referencias palentinas de “Cancionero”- se escribieron en Palencia, así lo consigna el propio autor, entre el 28 y el 29 de Marzo, estos últimos versos.

Son poemas que hablan de amor y muerte, ríos y muerte, canciones, penas y muerte: los eternos ritornellos de don Miguel.

Dice así el primero:

“Nos partimos en un beso;
ay si el último será!
el corazón se nos parte
con las penas que nos da.
Besos que vienen riendo
luego llorando se van,
y en ellos se va la vida
y nunca más volverá.
Vuelve la vida -me dices-
pero no la que se va:
nos partimos en un beso
ay si el último será.”

Tiene cierto sabor becqueriano este breve romance unamuniano.

El segundo:

“¡Qué claro, bebiendo el cielo,
que baja el río a la mar!
Va soñando en la montaña
que el cielo quiso escalar;
se va soñando en su cuna
y en cielos de más allá...
¡Qué claro que baja el río
con aguas de cristianar!”

Y el último:

“Camino va de la noche
-tras el horizonte está-
va cantando en el camino
para las penas matar.

Sus cantares por el aire
hasta el cielo van a dar;
la muerte se va viniendo
según la vida se va.
“Todo está dicho” se dice
y éste es su último cantar.”

Son, como ven, tres breves poemas, con la alada levedad que da la asonancia -son romances-, pero envueltos en honduras de misterio. No tratan de temas palentinos, es verdad, pero los he rescatado porque están escritos aquí, en Palencia.

Y ahora pasemos a otras obras.

En el año 1922 Unamuno publicó un libro de viajes que lleva por título “Andanzas y visiones españolas”. En él se recogen una serie de artículos publicados anteriormente en periódicos y revistas -“Ahora”, “El sol”, “Nuevo mundo”, de Madrid, “El Liberal” o “El Nervión” de Bilbao, o “La Nación” o “Caras y Caretas” de Buenos Aires etc -.

Hay algunos otros capítulos inéditos hasta su inclusión en “Andanzas”, en 1922 como he dicho.

La mayor parte del libro, que fundamentalmente es un libro de viajes, está en prosa, son descripciones de los lugares recorridos por el autor, pero hay también un pequeño ramillete de poemas, que representan, sin duda, puntos fuertes en esas experiencias viajeras, que se agrupan, dentro del libro, con el nombre de “Visiones rítmicas”. Allí están los versos dedicados al ensanche de Bilbao, que le hacen añorar su Bilbao perdido, los dedicados a su Nervión, o aquella visión espléndida de un atardecer de estío en Salamanca o los dedicados a la Colegiata de Castañeda, a la salida del valle del Pas, o los versos impresionantes dedicados a un cementerio castellano abandonado, porque como dice el autor: “¿Habéis visto algo más melancólico y más lleno de sentido trágico que un viejo camposanto abandonado, que las ruinas de un cementerio? Penetrantes son las ruinas de la vida, pero mucho más las ruinas de la muerte, las ruinas de la ruina. Un viejo cementerio abandonado, una sola tumba vacía, es acaso lo más hondo de sentir que puede encontrarse en el peregrinaje de la vida. Allí recordé el “Dios mío, qué solos se quedan los muertos” de Bécquer”.

Pues bien, entre ese ramillete de poemas que componen sus “Visiones rítmicas”, está el dedicado al Cristo yacente de las Claras de Palencia.

Antes de ser incluido en “Andanzas”, ya se había publicado en “Los lunes de El Imparcial”, el 26 de Mayo de 1913. Debemos recordar que este año es el de la primera visita de Unamuno a Palencia. La impresión del Cristo fue una de las más impactantes que recibió don Miguel en nuestra tierra y dio motivo (como dice Manuel García Blanco, Catedrático que fue de la Universidad de Salamanca y Director de la edición de sus Obras Completas, publicadas en 1958 por Afrodisio Aguado) a uno de los poemas más trágicos y angustiados de nuestro poeta.

En la introducción a “Visiones rítmicas”, dice el propio autor que “ese Cristo es como un símbolo y resumen del paisaje trágico castellano”.

Lo compuso aquí mismo en Palencia, en aquella primera visita, en dos días, según nos confiesa el propio don Miguel.

El poema es una larga silva (es decir, mezcla de versos de 11 y 7 sílabas, sin estructura fija) con asonancia en los pares, constituyendo lo que se ha llamado “silva romanceada” que tanto utilizó Antonio Machado. Tiene un total de 150 versos, este “feroz poema” como el propio don Miguel lo calificó, 150 versos en los que se canta “al Cristo formidable de esta tierra”.

Vamos a recordar algunos fragmentos, en los que podamos apreciar los juicios anteriores.

Al comienzo, don Miguel, recuerda la leyenda de Margarita la Tornera del poeta romántico vallisoletano José Zorrilla, poeta a quien, por cierto, no admiraba demasiado, porque según decía “don José Zorrilla me hace daño a los oídos con el insoportable sonsonete de sus versos de tantán congólés”.

Este Cristo yacente de Santa Clara, aparece ante la mirada de Unamuno, no como imagen del Hombre-Dios, sino como tierra, tierra mortal, sometida a muerte, decadencia e incluso podredumbre. Por eso no hay que verlo como un desacato a la idea religiosa del Dios encarnado. Lo que Unamuno contempla en esa imagen que la leyenda ha querido identificar incluso con la momia del Almirante Enríquez, es tierra, tierra y sólo tierra.

Comienza así:

“Este es aquel convento de Franciscas,
de la antigua leyenda;
aquí es donde la Virgen, toda cielo,
hizo por largos años de tornera,
cuando la pobre Margarita, loca,
de eterno amor sedienta,
lo iba a buscar donde el amor no vive,
en el seco destierro de esta tierra.

.....

Las pobres en el claustro que un tenorio
deslumbró con la luz de la tragedia,
llevándose a la pobre Margarita,
con su sed de ser madre, la tornera,
mientras la dulce lámpara brillaba
que ante la Madre Virgen encendiera,
cunan, vírgenes madres, como a un niño,
al Cristo formidable de esta tierra.

.....

Y mirando al Cristo añade:

Dormir, dormir, dormir... es el descanso
de la fatiga eterna,
y del trabajo del vivir que mata
es la trágica siesta.
No la quietud de paz en el ensueño,
sino profunda inercia,
y cual doliente humanidad, en la sima
de sus entrañas negras,
en silencio, montones de gusanos
le verbenean,

.....

La piedad maternal de aquellas pobres
hijas de Santa Clara, le cubriera
con faldillas de blanca seda y oro,
las hediondas vergüenzas,

aunque el zurrón de huesos y de podre
no es ni varón, ni hembra;
que este Cristo español sin sexo alguno,
más allá yace de esa diferencia,
que es el trágico nudo de la historia,
pues este Cristo de mi tierra es tierra.“

Este poema fue traducido al francés en 1937 por la actriz española que residió y actuó tantos años en Francia: Matilde Pomés.

Decíamos que fue compuesto en 1913, pues bien, ocho años más tarde, en 1921, don Miguel terminó una obra de teatro, un drama, titulado “Soledad”, que no pudo ver estrenado en vida; no se estrenó hasta 1953 en el teatro María Guerrero de Madrid.

Los protagonistas de la obra son un hombre y una mujer, Agustín y Soledad, un matrimonio, que se mueven en escena en un eterno diálogo angustioso. Son, como la mayoría de los personajes dramáticos de Unamuno, almas atormentadas que vagan en escena, como espíritus descarnados, abrasados por ideas y sentimientos que les consumen. En “Soledad”, hablan de la muerte, de la maternidad frustrada, del teatro de la vida, de la hipocresía de la política, pero por encima de todo, flota en la escena, el dolor del hijo perdido, del hijo muerto, a quien ahora arropa tan sólo la tierra.

Pues bien, en el Acto III, Agustín y Soledad utilizan en su diálogo algunos versos del poema del Cristo de las Claras.

Dice Agustín: “¿Te acuerdas Soledad, cuando en Palencia vimos aquel Cristo, aquel terrible Cristo yacente de la Iglesia de la Cruz, en aquel convento de Clarisas, el de la leyenda de Margarita la Tornera?”

“Aquel cadáver...” -contesta Soledad.

“Aquél” -responde Agustín y recita algunos versos del poema:

“Este Cristo inmortal como la muerte/no resucita. ¿Para qué? No espera/sino la muerte misma./ Porque este Cristo de mi tierra es tierra.”

“Tierra... y le arropamos bien” -dice como en sueños Soledad, acordándose de su hijo.

Y contesta Agustín con otros versos: “Dormir dormir dormir es el descanso/de la fatiga eterna./Todo no es más que nada... nada... nada... /hedionda nada que al soñarla apesta!”

“Pues sueñame a mí! “- dice Soledad.

Este es el recuerdo del poema en el drama de Soledad, en el que se produce una identificación del Cristo muerto-hijo muerto.

En otro lugar, precisamente en “Andanzas y visiones españolas”, donde dedica una serie de páginas a nuestra tierra, dice don Miguel refiriéndose al poema del Cristo de las Claras que estamos comentando: “Fue un cierto remordimiento de haber hecho aquel feroz poema, lo que me hizo emprender la obra más humana de mi poema “El Cristo de Velázquez”, el que publiqué este año (se refiere a 1921)”

Está hablando de aquel larguísimo poema formado por 2539 endecasílabos blancos, es decir, sin rima, en el que están las huellas, reconocidas por el propio autor, de los “Versos Libres “de José Martí y los largos versos procesionales de Walt Whitman, pero a diferencia del Cristo de las Claras, a quien Unamuno llama “Cristo de la paramera y Cristo de la tierra”, en una carta a Teixeira de Pascoaes, dice refiriéndose al poema del Cristo de Velázquez, entonces todavía en proyecto: “Es un intento de formular poéticamente, el sentimiento religioso castellano, nuestra mística.”

Sólo unos pocos versos nos harán apreciar lo que va de Cristo a Cristo, del Cristo de las Claras al Cristo de Velázquez, es como pasar de la estameña a la seda, de la tierra al cielo.

Recojo aquí una pequeñísima selección de versos de este último poema, “El Cristo de Velázquez”. Pertenecen al poema 4º, que lleva precediéndole dos textos; uno, muy breve, del Cantar de los Cantares que dice: “Mi amado es blanco” y otro, en italiano, del Libro de la Doctrina de Santa Caterina de Siena que dice: “Questo occhio vede in quella bianchezza, tutto Dío e tutto uomo, la natura divina unita a la natura umana.”

Y así comienza el poema 4º de Unamuno. Con la imaginación, podemos recordar la pintura del Cristo de Velázquez:

“¿En qué piensas Tú muerto, Cristo mío?
¿Por qué ese velo de cerrada noche
de tu abundosa cabellera negra
de nazareno, cae sobre tu frente?

.....

Blanco tu cuerpo está como el espejo
del padre de la luz, del sol vivífico;
blanco tu cuerpo al modo de la luna.

.....

blanco tu cuerpo está como la hostia
del cielo de la noche soberana,
de ese cielo tan negro como el velo
de tu abundosa cabellera negra
de nazareno...”

Baste esta elección, como pequeña calicata, elegida entre los 2539 versos que forman el poema, para apreciar la diferencia entre “El Cristo de las Claras” y “El Cristo de Velázquez”.

Decíamos antes, que en el libro de viajes de 1921, “Andanzas y visiones españolas”, Unamuno nos dedicaba algunas páginas. No sólo en este libro. En el también libro de viajes llamado “Paisajes del alma”, formado por escritos de diferentes épocas y publicado póstumamente en 1944, hay páginas que nos conciernen.

En el prólogo de “Andanzas”, nuestro autor recuerda cómo los que son lectores habituales suyos, habrán podido comprobar que en sus novelas (excepción hecha de la primera, “Paz en la guerra”) no hay descripciones. La razón es que él pretendía dar a sus novelas la mayor intensidad y el mayor carácter dramático posibles, reduciéndolas a diálogos y relatos de acción y de sentimientos (expresados estos últimos en monólogos), y añade: “El que gusta del paisaje literario, va a buscarlo en sí y por sí. Y a esta demanda de la afición estética es a la que quiere responder la oferta de este libro, lector amigo.”

Y en otra ocasión dice: “En mi libro de Andanzas y Visiones Españolas, lo que no está en verso, que es lo más de él, debería estarlo. Aunque algunos lectores crean que lo que está en verso estaría mejor en prosa.”

Pues bien, en la parte en prosa de “Andanzas” hay dos capítulos o apartados dedicados a Palencia. El primero se titula “En Palencia” y está firmado en Palencia, en el mes de agosto. El otro lleva por título “En Aguilar de Campóo”. Los dos son de 1921.

El primero de ellos comienza con unas consideraciones filológicas, a las que era tan aficionado, como experto, con la confirmación

expresa del “bochorno del aire” de esos días, para hacer enseguida la siguiente descripción:

“Es como un oasis el contorno de esta ciudad de Palencia, un oasis en medio del trágico desierto de la Tierra de Campos, de los Campos Góticos. Las aguas del Carrión, del dulce río claro” (ay, cuánto tendríamos que hablar nosotros ahora de las contaminaciones y del progreso, leyendo esto de “el dulce río claro”) que abriéndose en dos brazos abraza aquí, junto a Palencia, a una isla; las aguas del Carrión y las del canal han hecho estas huertas íntimas y frescas, donde aflora la dulce ternura castellana; esa ternura que suele brotar de las rocas. ¿No saca acaso la sandía su dulce y refrescante jugo de las abrasadas tierras de secano? Y en estos días de terrible bochorno...”

Habla luego, de los páramos, inspiradores de la que él llamó “áspera poesía profética” de Julio Senador, con quien había conversado toda una tarde. Y sigue diciendo:

“Hay frescura y ternura en estas huertas, que bordean el Carrión al pie del páramo trágico, y hay frescura y ternura a la sombra de la Catedral gótica de esta ciudad palentina. Respiré el otro día al entrar en ella. Era un islote de frescor. Y frescor y ternura de siglos se exhalaba de aquellas tablas, pintadas por flamencos en nuestro tiempo de oro. La Catedral toda, el trascoro en especial, es de una frescura sencilla y tierna y clara. Aquellas manos de Nuestra Señora de la Compasión y de San Juan que la protege, son frutos de frescura también. Traen invisible agua del cielo a quien los contempla.

Y ved qué cosa más fresca y más clara la torre de San Miguel, con sus grandes ventanales góticos, que dejan ver el cielo a través de ella. Una verdadera aguja gigantesca, con su ojo abierto a un cielo claro: el ojo de la aguja por donde pasa el camello, que ha peregrinado al páramo, muerto de sed. Más muerto de sed el páramo mismo, que él, que el camello.”

Sigue luego refiriéndose al Cristo de las Claras (ya aludimos antes a esta parte), hace también algunas consideraciones geológicas de estas tierras, recuerda los primeros Estudios Palentinos y finaliza con una exclamación, admirándose de la grandeza solemne de estos trágicos campos góticos.

En las páginas dedicadas a Aguilar de Campóo, se nota la influencia de la tarde pasada con Julio Senador, de su “Castilla en

escombros”, porque don Miguel sólo ve ruinas, restos de pasadas noblezas en casas y escudos arruinados, ruinas del Castillo que se confunden con las ruinas de los montes, supercherías en el sepulcro dedicado a Bernardo el Carpio, héroe inexistente.

Y estas ruinas históricas se le mezclan con ruinas actuales y políticas y se pregunta: “Y esta España arruinada, ¿va a arruinarse más aún arruinando a Marruecos? ¿Pretenderá luego conquistar el Sahara? ¿Fundar allí un imperio sin hombres?”

Y cita, para terminar, lo que ha leído en la empresa de un escudo:

“Velar se debe la vida de tal suerte
que quede vida en la muerte.”

En el otro libro de viajes que antes citamos, “Paisajes del alma”, editado póstumamente en 1944, en el apartado concerniente a Castilla y León, habla de nuestra tierra en los siguientes capítulos:

En el titulado “1933. En Palenzuela”, publicado por primera vez en el periódico “Ahora” Madrid 1933.

En el que lleva por título “En el castillo de Paradilla del Alcor”, publicado también en “Ahora”, Madrid 1934.

Y finalmente en “La eterna reconquista”, igualmente publicado en “Ahora”, Madrid 1934.

El primero de ellos, “1933. En Palenzuela”, comienza con una pequeña divagación lingüística sobre el nombre de Palenzuela, diminutivo de Palencia, comparándolo con otros topónimos similares: Venezuela de Venecia, Valenzuela de Valencia etc.

Luego sigue la descripción de su situación, “trepando sobre un teso escueto desde las riberas del Arlanza”. Medita sobre las causas de su ruina y decadencia: del ferrocarril, que cuando no une, separa, de la filoxera etc., habla de las ruinas de silencio y vuelve a recordar a Senador. Rememora la casona del Marqués de Albaída, el republicano federal que llegó a presidir las Cortes de la efímera república de 1873. Ve ahora a las gentes del pueblo cómo matan el tiempo echando una partida de tute o de tresillo sobre las glorias.

Y ya de vuelta a Palencia, la silueta erguida del Cristo del Otero, se le funde con el horizontal y yacente Cristo de las Claras. Y

siempre las mismas obsesiones: la vida, la muerte, la tierra, la redención de la tierra, la fe, el sueño...

En las páginas dedicadas al castillo de Paradilla del Alcor, Unamuno hace una versión más del "Desprecio de corte y alabanza de aldea" de Guevara. Divaga y contrapone el bullicio de la urbe, con el remanso de silencio que ofrece este lugar y dice: "En remansos como este ni se oye bocina de "auto", ni zumbidos de avión mecánico -pues hay otro (aclara): el arrejaque- ni hay cine, ni radio, ni gramófono que distraigan el ánimo."

Aquí, según don Miguel, en esta dulce desnudez del campo gótico, se puede estudiar con sosiego geología, embriología, astronomía y mística, que él llama "teo-metría". Y también se pueden contemplar, desde los ventanales del derruido castillo "la visión espléndida y esplendente del páramo y de la nava palentinos. Torremormojón, Baquerín, Pedraza, Paredes, Guaza y otros muchos más."

En el titulado "La eterna reconquista", cuenta una excursión hacia el Norte de la provincia, hacia las montañas de la antigua reconquista.

En Villasarracino don Miguel busca relaciones etimológicas con "sarracenos". Pasan La Valdavia, Guardo, Cervera y Unamuno va paladeando los topónimos enesilabos que se encuentra: Arenillas de Nuño Pérez, Rabanal de los Caballeros, Cervera del río Pisuerga, San Salvador de Cantamuga. En Moarbes se admira de la bella portada "de encendida encarnadura", y sueña al amparo del nombre de Moarbes, con unos presuntos mozarabes acogidos al redil de la raza, merced a la reconquista.

Al fin, arriba a Piedras Luengas, a la Venta del Horquero, aquella venta de la que dijera Paco Vighi:

"Venta del Horquero, arriba en el puerto,
que de octubre a mayo la nieve bloquea."

Desde la Venta del Horquero se contempla el espléndido panorama de los Picos de Europa, que le llevan a recordar a don Miguel los inicios de la Reconquista.

Y ya de vuelta, flanqueando el Canal de Castilla, entre campos de trigo y ovejas trashumantes, Unamuno piensa en otra reconquista,

en “la eterna reconquista de la vida que pasa”, porque la otra, la de la historia, la veía como una repetición más del relato de Caín y Abel, “siempre enmellizados -dice el autor- como la muerte y el amor, como el hambre y la envidia.”

Y aquí hemos acabado este asalto a la personalidad de Miguel de Unamuno, a través de sus textos palentinos.

Y quizás la moraleja de este pequeño paseo literario, sea que si Unamuno se define a sí mismo en sus obras esenciales como “El sentimiento trágico de la vida” o la “Vida de don Quijote y Sancho” o “San Manuel Bueno y mártir”, este atormentado ser que fue Miguel de Unamuno, que se mueve siempre angustiosamente entre la creencia y la duda, entre la increencia y la fe, entre la mística y el agnosticismo, entre el vasquismo y el españolismo, entre la apertura a Europa y el enrocamiento ibérico, entre la muerte y el deseo de inmortalidad, sigue apareciendo aquí, en estos pequeños textos que hoy hemos comentado, parte menor de su obra, sigue apareciendo, digo, de la misma forma que en sus obras mayores, porque el atormentado, egotista, paradójico y sincero don Miguel, nunca es traidor a sí mismo.

